

La animación misionera de la juventud

José Capmany

Obispo Director Nacional de las O. M. P. de España
(Ed. VERBO DIVINO, 1985)

1. El Año Internacional de la Juventud

En el mismo inicio de su reciente carta a los jóvenes el Papa se refiere al Año Internacional de la Juventud y destaca el significado que éste reviste ante todo para los propios jóvenes; luego también para la sociedad y para la Iglesia¹. Su convocatoria, sus objetivos y su temario programático son un reconocimiento del valor de la juventud y una llamada a que asuma sus propias responsabilidades. No es difícil aceptar todo eso, ya en una visión simplemente humano-social. Con mayor luz y gran gozo lo reconocemos desde la fe en «Jesucristo, eternamente joven»², explicitada por la palabra de Juan Pablo II, tan cercano a los jóvenes. Repasando su magisterio de poco más de seis años de pontificado, he encontrado 27 alocuciones directas a los jóvenes pronunciadas en sus viajes, amén de otras muchas a grupos juveniles en Roma; últimamente, en ocasión del Año Internacional, ha escrito una carta a los jóvenes y otras dos a los sacerdotes y a los obispos sobre la pastoral de la juventud. A este magisterio papal, que constituye una fuente riquísima de intuiciones, reflexiones, estímulos y proyectos, me referiré continuamente. Para nosotros, este rosario de citas papales es singularmente significativo por incluir mensajes concretos a jóvenes de todos los continentes.

Al hablar de los jóvenes suele subrayarse que ellos son «portadores de grandes esperanzas humanas y cristianas»³; más aún, constituyen ya un inicio real del futuro próximo repleto de promesas. Justificando la alegría que le producen los encuentros con los jóvenes en sus viajes, dice el Papa: «veo el alba de la sociedad del tercer milenio que ellos formarán»⁴. Pero no basta mirar a los jóvenes en función del futuro, pues «la juventud tiene valor en sí misma, por lo que es y por lo que da. Por la misma verdad de su creer. Por la fecundidad de su dar»⁵. Sólo en una visión total, que une presente y futuro, se valora cabalmente a la juventud y se puede afirmar con plena justicia y vigencia universal lo que el Papa decía a los jóvenes de Brasil: «La mayor riqueza de este país, inmensamente rico, sois vosotros. El futuro real de este país del futuro se encierra en vuestro presente»⁶. Lo glosa ampliamente en su carta a los jóvenes, centrando así su reflexión: «es la riqueza de descubrir y a la vez de programar, de elegir, de prever y de asumir como algo propio las primeras decisiones, que tendrán importancia para el futuro» tanto en lo personal como en lo social⁷.

Antes de examinar este precioso contenido del valor juventud, conviene que nos detengamos para responder a esta pregunta: *¿quiénes son los jóvenes?* Bajo esta palabra y las correspondientes de otros lenguajes antiguos y contemporáneos, se han comprendido grupos humanos a veces muy diversamente delimitados. Así, cuando se dice en la Biblia que Pablo

¹ Carta Apostólica a los jóvenes y a las jóvenes del mundo, 31 marzo 1985, n. 1: «El año 1985 ha sido proclamado por la Organización de las Naciones Unidas como Año Internacional de la Juventud, lo cual reviste un significado múltiple ante todo para vosotros mismos, y también para todas las generaciones, para cada persona, para las comunidades y para toda la sociedad."Esto reviste asimismo un particular significado para la Iglesia en cuanto depositaría de verdades y valores fundamentales, y a la vez servidora de los destinos eternos que el hombre y la gran familia humana tienen en Dios mismo».

² Juan Pablo II a los jóvenes en Roma, 15 noviembre 1978 y en San José de Costa Rica, 3 marzo 1983.

³ Juan Pablo II en Costa Rica, mayo 1980.

⁴ A la Curia Romana, 28 junio 1982.

⁵ Juan Pablo II a los jóvenes de Bari, 26 febrero 1984.

⁶ En Bello Horizonte, 1 julio 1980.

⁷ Carta de 31 de marzo de 1985, n. 3.

era joven («neanías» en griego) se significa que tenía de 24 a 40 años⁸. Hoy parece que al hablar de juventud señalamos, por un lado, un límite que oscila entre los 25 y 30 años, o lo fija el inicio de la vida matrimonial; el otro puede llegar a los 13. Esta es la juventud que hoy ha devenido como una clase social propia y que, a través de distintas manifestaciones, fuertes hasta la estridencia y la violencia, ha tomado conciencia de tener un papel específico en la sociedad. Esta es la juventud, sociológicamente hablando, a la que se refiere el Año Internacional y a la que hemos de tener presente, sin marginación ni exclusión algunas. Es obvio, sin embargo, que estos jóvenes viven su juventud —tanto en su corazón como en su incidencia en la sociedad— de diversas y aun contradictorias maneras.

Por lo cual, si queremos examinar y ponderar la riqueza propia de la juventud, hemos de tener en cuenta que algunos, aun estando de lleno en edad juvenil, de tal modo orientan su vida o se dejan llevar por presiones ambientales que en el sentido psicológico «*han renunciado a su juventud*», es decir, no han cultivado sus valores humanos específicos y así «han envejecido antes de tiempo»⁹. La calidad de vida joven no se basa sólo en los años pasados ya en el mundo: «en el corazón, antes que en ninguna otra parte, se busca el sentido verdadero y total de la juventud»¹⁰.

Atendiendo a este sentido más profundo, ante los estudiantes de la Universidad Pontificia de Manila se pregunta el Papa: «¿*qué es ser joven?*» Y da esta respuesta: «ser joven significa poseer dentro de sí incesante novedad de espíritu, alimentar en el interior la búsqueda continua del bien y perseverar hasta alcanzar la meta»¹¹. Es una cuestión de corazón, pero entendiéndolo como orientador y promotor continuo de la acción.

Desarrolla en Portugal lo que es este corazón joven y le asigna estas *cualidades*: «alegría, esperanza, transparencia, audacia, creatividad, idealismo»¹². No basta poseer en abundancia la alegría del vivir: hay que darla con generosidad al mundo cansado, desanimado, desconfiado y desilusionado¹³. En otro discurso ofreció una descripción más amplia de «las dotes peculiares que son propias de la juventud: el entusiasmo y la generosidad, la lealtad y la viveza, el sentido de la justicia, la pronta disponibilidad para servir a los hermanos..., la repulsa de los términos medios, el desprecio de los cálculos mezquinos, la repugnancia a cualquier forma de hipocresía... de intolerancia y de violencia»¹⁴. También cara al plan divino de salvación, el joven tiene una singularidad: «La palabra del Señor... manifiesta una peculiar afinidad con la edad juvenil por su fuerza íntima de salvación y regeneración, por su misteriosa capacidad de conducir constantemente el ritmo del itinerario espiritual desde el empuje, la generosidad y el entusiasmo que son típicos de la edad juvenil»¹⁵.

Con estos nobles impulsos interiores, el joven entra *en contacto con su circunstancia*: «Sé que vosotros —decía el Papa a los jóvenes de Irlanda—, como los jóvenes... de otros países, os sentís afectados por lo que ocurre en la sociedad que os rodea»¹⁶. Así se afianza, desarrolla y pasa a la acción la «aspiración para hacer la vida sobre la tierra más humana, más digna del hombre». Esta tendencia del joven, que «es cristiana y a la vez humana, tiene carácter universal: se refiere a cada hombre, y consecuentemente a todos los hombres»¹⁷. En relación a la vida social, el joven es hoy particularmente sensible a los valores «del respeto a

⁸ Cf. Comentario Bíblico de San Jerónimo, 46,10.

⁹ Juan Pablo II a las juventudes salesianas, 5 mayo 1979 y a los jóvenes en Roma, 22 noviembre 1979.

¹⁰ Id. a los jóvenes de Bari, 26 febrero 1984, n. 2.

¹¹ 18 febrero 1981.

¹² 14 mayo 1982.

¹³ A los jóvenes en Roma, 22 noviembre 1978.

¹⁴ En Belluno, 26 agosto 1979.

¹⁵ En Brescia, 26 septiembre 1982.

¹⁶ 30 septiembre 1979.

¹⁷ A los universitarios de Cracovia, 8 junio 1979.

la vida humana, de la libertad, la honestidad, la fraternidad, la justicia y la paz»¹⁸. La juventud anhela, lucha sin desmayo, «no se resigna a los defectos del status quo..., cree en un mundo mejor y está determinada a hacer algo que ayude a conseguirlo»¹⁹. En el orden estrictamente eclesial, el joven tiene una aptitud casi connatural para evangelizar, porque «la evangelización no se hace sin entusiasmo juvenil»²⁰. Esta acción evangelizadora empieza por la permanente conversión personal del joven²¹.

Así, en el joven se realiza eminentemente *la vocación «de buscador, de luchador y de constructor»*, que es la propia del hombre, con la eficacia de su peculiar «dinamismo, imaginación y fe, capaz de transportar montañas»²². Esta figura ideal del joven bueno encuentra su perfección en la amistad con Jesús, tema que siempre hallamos en las alocuciones del Papa a los jóvenes, y sobre el cual volveremos con más detalle.

Para evitar que nuestra disertación parezca fundada en una utopía irrealista, recordamos una vez más que estas características esenciales e ideales del joven tienen también *su contrapartida* real, históricamente repetida miles de veces, en las tentaciones y pecados que las contradicen. Ofrecen ejemplos actuales tantos jóvenes que pasan de largo ante los problemas del mundo y se desprecupan del sentido profundo de su propia vida, llegando incluso al uso de la droga; los que aprovechan afanosamente las mil formas de placer innoble que brinda la sociedad de consumo; los que idolatran a los famosos del espectáculo o del deporte; los que buscan dinero por medios injustos hasta la violencia, etc. Una pastoral juvenil habría de tener en cuenta tanto lo ideal como lo histórico, pero acentuando la confianza en el joven, generalmente tan abierto a la verdad, a la justicia, al amor, al bien, a la belleza ya la paz.

Volviendo al Año Internacional de la Juventud y aplicando en globalidad lo dicho en esta larga digresión, concluiremos que estamos ante una invitación clamorosa y universal a los jóvenes para que *descubran su ser y su valer*, tanto en las riquezas ya actuales como en la capacidad de futuro que poseen²³. Por lo que atañe a la Iglesia, estamos ante un desafío pastoral de singular importancia, con mucha incidencia en la dimensión misionera universal de la vida eclesial.

La promoción de la participación, el desarrollo y la paz en que se cifran los objetivos del Año Internacional, tiene *lectura cristiana* de riquísimo contenido. Los tres objetivos son anhelos básicos del espíritu humano, que toda persona de mente despierta y corazón incorrupto entiende y estima en su concepto global. Pero si de una primera formulación pasamos a un análisis más detenido de cuanto comprende la participación, el desarrollo y la paz en la vida total del hombre —personal y social—, la razón humana, ante la experiencia vivida o conocida, encuentra muchas dificultades para avanzar, y el corazón, conmovido por la dureza de la existencia y las injusticias sociales, no sabe hacia dónde y cómo enfocar en concreto su propio anhelo espontáneo. La experiencia humana lo constata y la historia registra divergentes interpretaciones —casi todas con pretensiones de ser la única verdadera— de la participación, el desarrollo y la paz. Más aún, estas divergencias, paradójicamente, han impedido el avance de los tres deseos en el curso de la historia.

A nosotros desde la fe no sólo se nos confirman las intuiciones básicas sobre desarrollo, participación y paz, sino que se nos aclaran sus contenidos al referirlos a *la sublime vocación del hombre*, que nos descubre el misterio de Jesús, Verbo encarnado y redentor²⁴. Jesús nos abre las perspectivas limpias de un desarrollo cabal de todo el hombre,

¹⁸ En Bari, 26 febrero 1984; cf. a los jóvenes en Bello Horizonte, 1 julio 1980 y en Tokio, 24 febrero 1981.

¹⁹ En Oritsha, Nigeria, 13 febrero 1982.

²⁰ En Lisboa, 14 mayo 1982.

²¹ Cf. Juan Pablo II en Tamoussoukro, Costa de Marfil, 11 mayo 1980.

²² En Yamoussoukro, 4 mayo 1980.

²³ Carta de Juan Pablo II a los jóvenes, 31 marzo 1985, n. 3.

²⁴ Cf. GS 22.

de una participación en aroma de comunión y de una paz fraterna que va más allá de la puramente humana. Más aún, por el Espíritu que nos envía de continuo, esta aparente utopía puede tener ya aquí realizaciones, si bien imperfectas, con la confianza de una plenitud futura escatológica. La expresión acuñada por Pablo VI de «la civilización del amor», que luego Juan Pablo II ha utilizado mil veces y las explicaciones que ambos Papas han dado de la misma, sintetizan y concretan la versión cristiano-católica de los tres objetivos del Año Internacional de la Juventud²⁵.

La *Iglesia* tiene su quehacer propio en la promoción de estos tres componentes sociales. Se incluyen ineludiblemente en aquella «unidad del género humano» de la cual es sacramento²⁶. Por lo cual su acción deberá partir de una realización de la participación, el desarrollo y la paz en su propio seno, como sociedad visible que es. Sólo así será signo y podrá pasar a ser instrumento eficaz, realizándose de verdad como sacramento de salvación en estos aspectos de la vida humana. El Año Internacional reclama a la propia Iglesia un examen de su fidelidad a Jesús que incluya la participación, el desarrollo y la paz en su obra salvadora como condiciones de la vida eclesial y como objetivos de la cooperación eclesial a la redención total y universal. En este examen y en la reforma que de él derivare, la Iglesia ha de considerar si en su vida y en su misión ha atendido suficientemente a cuanto los jóvenes han de aportar —crear, programar y realizar— al respecto. En otras palabras, ha de preguntarse si estima y aprovecha santamente las realidades y posibilidades de la juventud.

2. Los doce apóstoles, jóvenes llamados por el Señor

La relación entre juventud y misión nos sugiere esta pregunta: ¿eran jóvenes *los doce apóstoles* llamados directa y visiblemente por Jesús? Una atenta consideración de sus condiciones familiares y laborales, su trabajo apostólico antes y después de la pascua y otros detalles nos permiten aprobar la conclusión de Fillion sobre la edad de los doce: «Parece... que los doce estaban en la fuerza de la juventud cuando Jesús les llamó. Tenían entonces probablemente de veinte a treinta años... créese que Juan era el más joven de todos»²⁷. Conviene tener en cuenta que las edades de las personas han tenido diversas valoraciones sociales según las épocas; en particular ha influido en ello la media vital, que establece el papel de cada nivel generacional en el conjunto social. De ello tenemos evidencia hoy en relación con un pasado no lejano, cuando en muchos países coexisten hasta cuatro generaciones.

Antes hemos subrayado las condiciones psicológicas de la juventud, sin las cuales los pocos años pierden su significación humana y social. Pues bien, los comportamientos y ciertas reacciones espontáneas de los apóstoles se marcan con *un talante juvenil*, que brilla singularmente en el seguimiento total de Jesús. A los jóvenes de Brasil advertía el Papa que la pregunta de Jesús «¿para ti quién soy yo?» es definitiva en la vida del joven: «La vida, el destino, la historia presente y futura de un joven dependen de la respuesta nítida y sincera, sin retórica ni subterfugios... a esta pregunta»²⁸. Este diálogo de salvación se dio claramente entre Jesús y los doce, y el resultado fue su apostolado.

La fe de estos jóvenes en Jesús se desarrolló en seguimiento incondicional y en identificación de pensamiento, deseo y proyectos con el Señor —al modo de los discípulos de los profetas—, pero en el clima de amor y confianza propio de *la amistad*. Sobre esta base «presentó Jesús a sus jóvenes amigos la misión que les confiaba»²⁹ y «a Juan, el apóstol más

²⁵ Cf. Capmany, *La persona y el amor de Jesús en la ordenación social*, en *Cristología en la perspectiva del Corazón de Jesús*. Bogotá 1982, p. 157-158.

²⁶ LG 1.

²⁷ *Vida de N. S. Jesucristo*. Madrid 1942, III, p. 79.

²⁸ En *Bello Horizonte*, 1 julio 1980.

²⁹ En Manila, 18 febrero 1981.

joven, lo hizo su predilecto»³⁰. Este apóstol manifiesta, juntamente con Andrés, un afán de búsqueda que Jesús recoge en la primera palabra suya anotada en el evangelio del propio Juan: «¿qué buscáis?»³¹. Es una manifestación clara del espíritu juvenil. La narración evangélica anota que enseguida se inició la convivencia de Jesús con Juan y Andrés: «permanecieron con él aquel día»³². De esta convivencia irá brotando una amistad y la misma palabra clave de Juan —«permanecer»—, que inmediatamente después del encuentro de los dos discípulos con Jesús significa cohabitación, evoluciona y se carga de significación, pasando a expresar la vida íntima y misteriosa de Jesús en el corazón de los discípulos, es decir, la amistad profunda y singular de Jesús con los suyos. Una amistad de tanta mutua interferencia vital que ni siquiera la separación visible postpascual rompe: «permanecemos en él», «Jesús permanece en nosotros», «permanecemos en su amor», etc., son frases repetidas en los escritos de san Juan.

Los apóstoles en general y Juan en particular se abrieron plenamente a la amistad con Jesús; hay que hacer la excepción de Judas, a cuya deseada amistad el mismo Jesús hace una discreta referencia al consumarse la traición, que es el rechazo frontal de esta amistad³³. Podemos desarrollar la vivencia de *la amistad de los apóstoles con el Señor* tomando pensamientos del Papa referidos a la amistad entre Jesús y los jóvenes.

Es un tema que está en todos los discursos a los jóvenes. Así, los apóstoles aparecerán como paradigma de los jóvenes, a quienes instamos a cooperar en la misión eclesial.

Los doce entendieron que Jesús había venido al mundo «para darnos de nuevo su amistad»³⁴. En la reflexión teológica de Juan, el que con corazón más joven recibió el evangelio, el término de la disciplina espiritual del cristiano es la recepción del Verbo en la intimidad misteriosa de la amistad³⁵. Con ello refleja claramente su propio proceso al lado del Señor.

Desde su corazón joven aceptaron su enseñanza y atendieron sus invitaciones, porque percibieron «*el acento de amigo...* que no defrauda, que ofrece una experiencia de amistad» sincera y fiel³⁶. Abierto su corazón a un amor y a una amistad que no tiene ocaso, los apóstoles se entregaron a la misión recibida, superando el miedo humano a las respuestas definitivas³⁷. En esta comunión íntima descubrieron su propia dignidad³⁸.

No fue una amistad que, luego de la convivencia terrena, quedara en dulce recuerdo, pues después de la pascua creyeron que, como buen pastor, *Jesús amigo les acompañaba* continuamente con el más profundo amor actual, preocupándose de cada uno y estando presente en las luchas contra el mal en el mundo entero³⁹. Conservaron con solicitud y decisión, aun a costa de la propia vida, «la unión con el amigo divino»⁴⁰. Creyeron que Jesús es simultáneamente «el salvador del mundo, el redentor del hombre y el amigo de la juventud»⁴¹. Cuando así se acepta la amistad que ofrece Jesús, se tiene el secreto de una juventud apostólica que no se agota al paso de los años.

La amistad de Jesús con los apóstoles es el *dato bíblico básico* en orden a los objetivos de una pastoral juvenil misionera.

³⁰ En Roma, 8 noviembre 1978.

³¹ Jn 1,38.

³² Jn 1,39.

³³ Cf. Mt 26, 50.

³⁴ A los jóvenes de Roma, 20 diciembre 1978.

³⁵ Cf. C. Martini, *Il vangelo secondo Giovanni*, p. 30.

³⁶ En Madrid, 3 noviembre 1982; cf. saludo a los jóvenes de la peregrinación del Año de la Redención, Roma, 11 abril 1984.

³⁷ Cf. en Javier, España, 6 noviembre 1982.

³⁸ Cf. en Galway, Irlanda, 30 septiembre 1979.

³⁹ Cf. en Munich, 19 febrero 1980 y en Quito, 30 enero 1985, n. 5.

⁴⁰ En Cracovia, 8 junio 1979.

⁴¹ En Onitsha, Nigeria, 13 febrero 1982.

El comportamiento de Jesús para con estos sus amigos nos ofrece las mejores *lecciones pedagógicas* de esta misma acción pastoral. La llamada inicial al apostolado fue clara y concisa, pues los jóvenes no gustan de la circunlocución. Fue realizada con aquella cercanía humana que da expresión tanto al decir como al estar y mirar, y lleva ya en sí una invitación a la amistad, que es el grado máximo de humana proximidad. Las maneras fueron distintas en cada caso, adecuadas a las condiciones espirituales y laborales de cada uno, y muchas veces valiéndose de la cooperación de los ya anteriormente llamados. Está siempre patente la discreción propia de la amistad que lleva a buscar con afán el bien del amado, pero jamás al precio de lesionarle en algo que sea expresión noble de su personalidad. El proceder de Jesús amigo llamando a los apóstoles refleja el proceder supremo de la providencia divina que señorea sobre hombres libres, sin pisar esta libertad ni abdicar de la iniciativa y la eficacia: «fortiter et suaviter»⁴².

En su labor educativa sobre los apóstoles, Jesús procuró *despertar las virtualidades juveniles* que antes hemos explicado, pero aceptando de buena gana el modo de ser temperamental de cada uno, y embelleciendo y perfeccionando su correspondiente índole personal⁴³. La corrección se limitó a aquello que se contraponía al evangelio y a la misión que iba a encomendarles. Las diferencias entre ellos produjeron en algún momento disensiones y hasta algún enfrentamiento, pero Jesús con paciencia fue uniéndolos en una verdadera comunidad, cuya fuerza cohesiva fundamental fue la común amistad con Jesús. Jesús amigo no sólo suscita un amor de correspondencia; su amistad viva encierra una enseñanza y una invitación a amar a los demás y ante todo a los amigos de Jesús⁴⁴. Dos corazones unidos a un tercero están unidos entre sí.

En la formación de los apóstoles Jesús combinaba la convivencia, que incluía momentos de retiro conjunto, con *la participación activa en la tarea* de anunciar el reino de Dios. Llamó a los doce «para que anduviesen con él y para enviarles a predicar»⁴⁵. El amor a los jóvenes apóstoles derivaba hacia una gran confianza en ellos. Aparece esto con singular fulgor en la conversión de Pablo, hombre de gran corazón, que en el mismo momento recibe la vocación a la fe en Jesús y al apostolado⁴⁶. El corazón joven de Pablo -tendría poco más de 25 años, cuando el Señor se le apareció- fue apresado de lleno por el Señor⁴⁷ y así entró súbitamente en su amistad con todas las consecuencias. Sobre esta base, el Señor pudo fiarse enseguida de él para la gran misión universal⁴⁸.

Los apóstoles antes de la pascua no estaban humanamente en condiciones para serles encomendada la misión difícil y arriesgada de la evangelización universal. Sin embargo Cristo se la confió, no sin advertirles que esperaran «ser revestidos del poder de lo alto» antes de lanzarse a la tarea⁴⁹. La educación permanente de los apóstoles en pentecostés es asumida por *el Espíritu* -«el otro Paráclito»⁵⁰- que, lo mismo que Jesús, gusta de la pedagogía activa. Sobre la marcha de los acontecimientos, el Espíritu les fue descubriendo el contenido total de la verdad de Cristo y sus aplicaciones a la vida apostólica.

La consideración global del llamamiento, educación y lanzamiento de los apóstoles nos hace ver la coherencia entre el proceder de Jesús y la condición de *jóvenes amigos* suyos que van adquiriendo los doce. El experimento empieza con jóvenes en edad y de corazón. Pero su juventud profunda, efecto del permanecer siempre con Jesús, se mantiene a pesar de

⁴² Cf. Sab 1,8.

⁴³ Cf. Fillion, *o. c.*, p. 44.

⁴⁴ Cf. Juan Pablo II en San José de Costa Rica, n. 5.

⁴⁵ Mc. 3, 14; cf. Martini, *L'itinerario spirituale dei Dodici*. Roma 1981, p. 47.

⁴⁶ Cf. Hch 9, 5-6 y 15.

⁴⁷ Cf. Fil 3, 12.

⁴⁸ Cf. Gal 2, 7.

⁴⁹ Lc 24, 49; cf. Hch 1, 8 y Jn 14-16.

⁵⁰ Jn 14,16.

los años que van transcurriendo. La amistad, que se mantiene siempre firme, gozosa y mutuamente confiada, no pierde su aire juvenil en toda la trayectoria apostólica. Tenemos, pues, en esta gran historia, aquí sólo insinuada, el punto de referencia bíblico básico de toda pastoral juvenil misionera.

3. Los jóvenes y los objetivos de las O. M. P.

La actuación pastoral sobre el mundo juvenil la queremos referir aquí en concreto a la labor de las *Obras Misionales Pontificias* con su universalidad misionera, su amplitud de objetivos y su estructura básica claramente formulada en nuestros estatutos. Según esta normativa, los objetivos propios de las O. M. P. son la animación misionera desde la fe y del conocimiento de la realidad y la cooperación consiguiente en tres vertientes, es decir, espiritual, personal-vocacional y material⁵¹. Todo ello en un clima de comunión eclesial, pues la antigua mentalidad de iglesias fuertes y ricas que ayudan a las iglesias que se inician en debilidad y pobreza ha sido definitivamente superada: la cooperación ha de insertarse en el marco de «un intercambio de valores y experiencias entre las Iglesias»⁵². Esta dinámica de comunión no sólo perfecciona vitalmente toda la Iglesia, sino que incita y alienta aquella solidaridad efectiva entre los hombres, que forma parte de la finalidad de la Iglesia, presente en el mundo.

Las O. M. P. han de desarrollarse de acuerdo con su *naturaleza eclesial*. No son una actividad sólo clerical o de personas consagradas en la vida religiosa. Los laicos, que tan importante papel tuvieron en su fundación y posterior desarrollo, han de participar ampliamente⁵³. Los estatutos llaman la atención sobre la importancia de la aportación de la juventud⁵⁴.

La necesidad de *la presencia de la juventud* en las actividades de las O. M. P. no es de orden táctico, sino teológico. Los jóvenes están en la Iglesia y en el mundo, recibiendo y aportando lo que les corresponde según sus propias características. Más aún, hoy los jóvenes en todos los órdenes tienen conciencia del protagonismo que les compete, como grupo diferenciado que indica el futuro inmediato de la sociedad y —en cierto modo— también de la Iglesia. Reconocía el Papa la razón que les asiste en esta autovaloración, en una homilía ante obispos europeos: «Si pensamos en una evangelización en función del futuro, es necesario dirigir nuestra atención a los jóvenes; debemos conectar con la mentalidad, con el *corazón* y la manera de ser de los jóvenes»⁵⁵. Este valor de la juventud jamás puede ser puesto en entredicho, ni siquiera cuando la problemática que suscita nos causa conflictos y molestias.

En la Iglesia ha de aceptarse de buena gana y con hacimiento de gracias al Señor, desde una visión providencial, confianza en el Espíritu y conciencia de gran responsabilidad, la inquietud que en su seno producen los grupos juveniles. Hay que buscar en su misma naturaleza de comunidad que «avanza continuamente por *la senda de la renovación*»⁵⁶ el encuentro fructífero entre juventud e Iglesia: «La Iglesia ve en la juventud una enorme fuerza renovadora, que... Juan XXIII consideraba como un símbolo de la misma Iglesia, llamada a una constante renovación de sí misma, o sea, a un incesante rejuvenecimiento»⁵⁷.

En nuestros días parece que la juventud bulle más que antaño. Tal vez la gran resonancia que en los medios de comunicación social obtienen hoy los sucesos, aun pequeños, que llevan aire de novedad o de protesta, da una imagen exagerada de lo que acontece en realidad. Pero es evidente que la evolución social en muchos países ha planteado graves

⁵¹ Cap. II, n. 5.

⁵² Juan Pablo II en el mensaje del DOMUND 1982.

⁵³ Estatutos, cap. II, 8.

⁵⁴ Estatutos, cap. II, 10.

⁵⁵ Al Symposium de Obispos europeos, 20 junio 1979.

⁵⁶ LG 8.

⁵⁷ A los estudiantes en México, 30 enero 1979.

problemas sociales que, aun afectando a todos, provocan una justa y clamorosa *inconformidad juvenil*, que contrasta con el conformismo silencioso de los mayores. Pensemos en la conflictividad internacional y las guerras, la insolidaridad en la distribución de la riqueza entre los hombres y los pueblos, el hambre que sufre gran parte de la humanidad, el paro que se extiende hoy aun en los países más ricos, la falta de asistencia a los enfermos, subnormales y ancianos, la incultura y el analfabetismo que perdura en grandes grupos humanos, etc. Estas son, en la actualidad, las preocupaciones dominantes en la juventud inquieta de muchas naciones. La acción pastoral de las O. M. P. no puede ignorar esta realidad, que ha de ser analizada para ver si afecta y cómo a la animación misionera que queremos insuflar a los jóvenes, hasta convertirlos en animadores de los demás.

Como punto de partida, debemos afirmar que esta conmoción e inconformidad juveniles no sólo son legítimas, sino exigidas por la fe cristiana: «Un joven no puede ni debe cerrar los ojos a la problemática del mundo que le rodea. Cristo le enseña a *mirar el mundo con visión crítica* para actuar de manera consecuente»⁵⁸. En ello precisamente tendrá ocasión de ejercer de joven: si, a partir de la crítica, delibera, proyecta, ensaya y empuja hacia las verdaderas soluciones, lo es de verdad; si, por el contrario, se agota en la lamentación gruñona, ha venido a ser un viejo prematuro. La Iglesia ha de ayudar a los jóvenes que aporten al mundo, y aun a la misma comunidad eclesial, su visión crítica y su ímpetu renovador. Grandes posibilidades ofrece el mundo misionero.

Pero las O. M. P. no pueden rebajar el contenido de *la evangelización*, que es la proclamación de la salvación total y universal traída al mundo por Jesucristo. Surge aquí un gran problema: estos jóvenes, entregados a las nobles causas de la humanización y de la solidaridad, ¿son capaces de prestar atención al anuncio de la salvación cristiana, hasta entregarse a su proclamación? En efecto, no faltan quienes temen que cualquier otra inquietud que sobrecargue su corazón lo distraiga y debilite en su afán humanizador. Ni quienes consideran que la evangelización propiamente dicha puede posponerse ante la urgencia visible de las necesidades terrenas. Ni tampoco los que arguyen que basta el amor en ejercicio con el testimonio de vida que lleva consigo, de modo que puedan dispensarse del anuncio explícito de Jesús y de su salvación en totalidad. Finalmente, están los incapaces de preocuparse por la evangelización, a causa de la falta de vivencia de la fe que la fundamenta. Cada caso reclama una atención pastoral adecuada.

Sin negar el valor y la urgencia de estas necesidades perentorias, afirmamos *la vigencia de Jesús* en el mundo juvenil, tomado en una amplitud que va más allá de quienes viven la fe y la desarrollan en el seno de las comunidades eclesiales. El Papa en sus viajes nos ofrece el mejor argumento. Su convocatoria de jóvenes ha hallado donde quiera tal respuesta que muchas veces ha sorprendido a los mismos pastores de las respectivas iglesias. Han acudido a escucharle miles de jóvenes que no practican, y han aceptado su palabra. El problema ha venido después: cómo encauzar este despertar juvenil producido por la convocatoria papal. Juan Pablo II les habla siempre como amigo exigente sin endulzar la práctica evangélica y sintetizando en Cristo la solución de los problemas humanos que les acucian. Presenta un Cristo total que entusiasma a la juventud. Tiene muy presente que la Iglesia ha de estar sensibilizada y atenta operativamente a todo cuanto afecta al verdadero bien del hombre⁵⁹. Despertar el deber de evangelizar no es, sin más, añadir una nueva preocupación al joven ya ocupado en otras nobles inquietudes, sino ensanchar los horizontes y presentar una unidad total y sintética de la problemática humana. Es enlazar el corazón entusiasta del joven con el corazón mismo de Dios.

Por lo demás, la juventud sana de hoy no sólo se mueve por la problemática social. Se detecta también en ella *una preocupación por trascenderla*, sin preterirla. El corazón humano

⁵⁸ En Quito, 30 enero 1985, n. 4.

⁵⁹ Cf. *Redemptor Hominis*, 13.

está hecho de tal manera que no se conforma con lo puramente humano. Aunque, manipulado por el propio sujeto o forzado por el mundo circunstante, a veces se cohibe la tendencia espontánea a trascenderse, tarde o temprano el corazón se libera de estas trabas y, con la ayuda de la gracia del Espíritu, se eleva en busca del Dios que lo ha creado para él. Esto se observa hoy en un rechazo superativo de las comodidades que brinda nuestra civilización, en la búsqueda de nuevas formas de oración y -ya por parte de grupos cristianos— en un renovado aprecio de la palabra de Dios. Todo corazón juvenil generoso desea que de su experiencia participen todos los hombres y trabaja para conseguirlo.

Jesús no sólo da plenisíma respuesta a estas nuevas inquietudes, sino que además descubre cómo éstas y las anteriormente expuestas, de tipo más humano social, se complementan. La fe cristiana no sólo une la preocupación vertical -religiosa o trascendente- con la horizontal -humana y social-, sino que las enlaza fuertemente en la cruz, o, mejor aún, en Jesucristo que en su propio misterio desvela la verdad plena del hombre y sintetiza todo su bien. En la vivencia de la síntesis de fe, cada elemento integrante de la misma cobra mayor importancia. El creyente, por una parte se sabe copartícipe de la misión salvífica total de Jesús y, por otra, se entrega al servicio del prójimo como si atendiera a Jesús mismo, que dijo hacerse siempre presente en los pobres. Entiéndanse los pobres en cualquier bien que responde al ser humano: material, cultural, político o espiritual.

La juventud es hoy singularmente sensible a *la sinceridad*. Ello incide en el tema que estamos tratando. Con razón reclaman que la Iglesia sea una verdadera comunidad de creyentes, que viva el amor de Cristo en su vida interna social y en su expansión por la preocupación del hombre. Los jóvenes nos ayudan cuando nos reclaman que la imagen de la Iglesia responda con sinceridad a su íntima naturaleza; aunque a veces se pasan en su intransigencia ante los defectos y pecados ineludibles de los hombres y de las comunidades, su exigencia nos es un estímulo y una llamada a atender. El moderno fenómeno de las pequeñas comunidades eclesiales de base es una realidad muy significativa de iglesia, comunidad misionera con amplitud de objetivos. La renovación eclesial, superando rutinas y encauzando creatividad, es otra condición básica de Iglesia joven, atractiva para los auténticamente jóvenes, y con futuro histórico, humanamente hablando. Tal autenticación real y dinámica de la Iglesia es un complemento ineludible de la evangelización integral y lleva a un desarrollo misionero.

Las O. M. P., desde su objetivo específico, han de tener en cuenta *la problemática total de la evangelización* que aquí hemos insinuado, preguntándose que es lo que hoy les exige. Sin ello no serán comprendidas ni estimadas por la juventud de nuestros días.

Las O. M. P. —según unas palabras de Juan Pablo II— tienen la finalidad de *sensibilizar en la causa misionera* a todos los hijos de la Iglesia, haciéndoles caer en la cuenta de la perenne validez del mandato evangélico⁶⁰. Este mandato hay que entenderlo con toda la amplitud que la ley de la caridad, el deber del testimonio eclesial y la redención total de Jesús reclaman. Hay que insistir en la universalidad de la misión, pues el hombre aun en la iglesia está afectado de cierta miopía espiritual y social. La sensibilización a su vez debe verse como motor de la acción que, en parte, corresponde realizar a las propias O. M. P.

Esta sensibilización —según el mismo texto del Papa— se realiza según *tres etapas* que en la práctica se interfieren y que se formulan así concisamente: interesar, educar, implicar.

4. Interesar sobre la actividad misionera

El joven que lo es de cuerpo y espíritu mira el mundo en que está inmerso como espacio donde proyectar su vida, y no sólo la propia, sino también la de los suyos; los «suyos» son más o menos según la anchura de su corazón, y en católico son todos los hombres. Por

⁶⁰ Homilía del día del DOMUND 1980.

muy arraigado que tenga el sentido de la continuidad histórico-social, sus proyectos vitales incluyen corrección y perfeccionamiento. Según se incline su sensibilidad, atenderá a unos valores más que a otros. Para encauzar este *impulso juvenil* hacia la cooperación misionera, recordando la pregunta de Jesús a Juan y a Andrés, hemos de autointerrogarnos: ¿qué buscan estos jóvenes?

Si les conmueven las miserias, opresiones, desigualdades, sean del Tercer Mundo, sean de los otros mundos, pues los hay por doquier, habrá que partir de ahí, pues es un buen principio. A tenor de la conciencia de fe que haya en cada uno, habrá que confirmarlos en sus anhelos ayudándoles a que, más allá de la justa conmiseración humana, «descubran *en el prójimo el rostro de Cristo*»⁶¹. De ahí es fácil pasar a interesarles en la evangelización, entendiéndola en la totalidad del objetivo: «convertir al mismo tiempo la conciencia personal y colectiva de los hombres, la actividad en que ellos están comprometidos, su vida y ambiente concretos»⁶². Adviértese que no se trata de partir de una inquietud humana para llevarles a otra distinta y superior, sino de integrarlo todo en una solicitud por el bien del hombre, tomado en la totalidad de sus indigencias, de sus nobles deseos humanos y de la vocación en Cristo, que todo lo confirma, sintetiza y sublima.

Desde la vivencia de la fe, despierta casi espontáneamente el interés misionero: «Después de haber encontrado a Cristo, después de haber descubierto quién es él, no se puede no sentir la necesidad de anunciarlo...»⁶³. El argumento lleva de por sí a un *anuncio universal*, pues Jesús vino para todos y su mandato misionero no tiene fronteras. Si este anhelo arraiga en una fe cristiana debidamente iluminada, conducirá a la preocupación por todos los problemas humanos y se evitará la reducción al eminente de la salvación espiritual y eterna. La fe en Cristo le dice al joven «que vale la pena trabajar por una sociedad más justa... defender al inocente, al oprimido, al pobre..., sufrir para atenuar el sufrimiento de los demás..., dignificar cada vez más al hombre hermano»⁶⁴.

La fe vivida como *amistad con Jesús* lleva a interesarse por cuanto al amigo interesa, sin las restricciones a que tienta ya sea el gusto personal, ya sea el miedo al fracaso. Si no se puede partir de esta amistad, es preciso provocarla para que el interés por la evangelización se afiance y se desarrolle con atención a su amplio contenido. En el cultivo de esta amistad con Jesús tiene mucha importancia la vida de oración. Esta no debe ser contemplada sólo como una ayuda a la obra misionera: tiene su parte en el interesar, así como en el educar al joven para la acción universal de la Iglesia.

Las campañas misioneras son una oportunidad para interesar al joven, alérgico a reclamos puramente verbales. Invitar a colaborar en la acción es el mejor modo de convencerle que debe moverse. Nada tiene más carga de invitación que el *testimonio de vida* de quienes se han entregado de lleno a la acción misionera. Además, el joven quiere modelos prácticos y consecuentes, con los cuales comprobar las bellas teorías. El contacto de los misioneros con los jóvenes aparece como un elemento principal e ineludible para interesarles en la empresa misionera universal. Es preciso que el diálogo entre el misionero y el joven vaya al fondo de la cuestión misionera y ofrezca un panorama completo de la obra universal de la Iglesia. Hay que tener mucha confianza en que el joven está bien dispuesto para recibir el mensaje en autenticidad y plenitud, y en que el Espíritu nos acompaña en la tarea.

5. Educar para la actividad misionera

Si hoy, por los rápidos cambios sociales, todos necesitamos someternos a una formación permanente, en el mundo de los jóvenes la educación se hará más necesaria, pues

⁶¹ En Roma, 8 noviembre 1978.

⁶² EN 18.

⁶³ En México, 30 enero 1979.

⁶⁴ En San José de Costa Rica, 3 marzo 1983, n. 3.

aún no han podido cuajar los criterios y actitudes fundamentales. Esta educación no debe desvincularse de la acción que como jóvenes les corresponde. Sería innatural frenar el ímpetu que les es propio, y la misma educación se privaría de un elemento de gran valor cual es la experiencia vital. La educación debe *atender al joven en la totalidad de su rica vivencia*: «la formación misionera no se limita a lo que normalmente se entiende por intelecto o comprensión. Muy importante, especialmente en la juventud, es tener en cuenta el factor afectivo, emocional... La juventud piensa y vive según la totalidad»⁶⁵. Esta educación en la fe misionera no ha de concebirse como una acción sobrepuesta al proceso connatural de su maduración y de su crecimiento catequético, sino que debe insertarse en la vida de joven y de creyente, a modo de una explicitación, apertura y encauzamiento de sus legítimos anhelos humanos y cristianos.

Por todo lo dicho, hemos de reincidir en la importancia de *educar en la amistad con Jesús*, que se refiere a la totalidad de la vivencia, responde a un anhelo muy fuerte en la juventud y aporta una plataforma fundamental para el desarrollo auténtico y total de cuanto la educación misionera irá desvelando y suscitando. «En esto se resume la educación, éste es el sentido de la vida: conocer a Cristo» y tratar con él como un gran amigo⁶⁶. Para esta educación en la amistad es utilísimo el concepto bíblico de «permanecer» Jesús en nosotros y viceversa, con la riqueza de elementos con que lo presenta san Juan. Este morar no hay que concebirlo como una pura relación persistente, pues siempre se condiciona o determina con algo vital: actitud o acción⁶⁷. Con este planteamiento bíblico de la relación con Jesús amigo se supera el peligro de reducirla a un sentimiento, a un magisterio de confianza y a un liderazgo activista, integrando lo bueno que hay en estos planteamientos unilaterales. La amistad con Jesús se desarrolla a través de la vida sacramental, pues es obra de la gracia; de la oración y la lectura bíblica, cuyo entronque da el diálogo del creyente con el amigo; y en la acción comprometida que autentifica, expresa y alimenta de continuo esta amistad viva.

La educación misionera requiere dar a conocer con claridad e imagen *las situaciones eclesiales y sociales*, pero ello cobra especial relevancia en la educación de los jóvenes que siempre quieren reflexionar y decidirse con clara referencia a lo concreto. Esta información, sincera y dirigida al mismo tiempo, ha de tratar sobre todo, pero no exclusivamente, de lo que hoy acontece, con sus circunstancias sociales y los personajes que son protagonistas de la obra misionera. Pero no deben arrinconarse los testimonios de evangelización de otros tiempos, con tal que se eduque simultáneamente en un sentido de crítica histórica, sin el cual no es posible entenderlos ni valorarlos; conviene no olvidar cuan importante es en la educación del joven el sentido histórico. Han de ser presentadas también las distintas y dispares experiencias que acreditan las diversidades legítimas en el seno de la Iglesia, pues la percepción de esta pluralidad es un factor educativo de singular relieve en el mundo actual, con clara incidencia en la acción misionera.

La comunión eclesial sobrepasa la realidad jurídica y va al fondo del misterio de la Iglesia, pues deriva de la comunión real y misteriosa de cada creyente y cada comunidad con Jesús⁶⁸. Como realidad eclesial, siendo un don del Espíritu nos responsabiliza a corresponderle en libertad: «el esfuerzo para construir la unidad se presenta como la piedra de toque sobre la que cada uno de los cristianos ha de verificar la seriedad de la propia adhesión al evangelio»⁶⁹. Su incidencia en la misión universal de la Iglesia hoy debe subrayarse y tenerse muy en cuenta en la educación misionera. Es además un tema que goza de las

⁶⁵ R. Stanke, en: *Aspetti pastorali delle P.O.M.*, 1980, 201.

⁶⁶ En Nueva York, 3 octubre 1979.

⁶⁷ Especialmente ilustrativa es la primera carta de san Juan, donde esta concepción de la vida cristiana está muy desarrollada. Cf. Casabó, *La teología moral en San Juan*. Madrid 1970, p. 262.

⁶⁸ Cf. en Milán, 21 mayo 1983.

⁶⁹ Al Movimiento GEN, 18 mayo 1980.

simpatías de la juventud sana, amante de la concordia y de la solidaridad entre los hombres, Esta comunión, que resplandece especialmente en la Iglesia cuando despliega su misión en el mundo entero, se cultiva con particular esmero en las O. M. P., que atienen un papel importante en la promoción de la comunión y la solidaridad entre las Iglesias particulares». «A las O. M. P. corresponde primeramente la tarea esencial de suscitar en cada iglesia particular una sensibilidad auténticamente católica, proyectándola más allá de sus confines, en una toma de conciencia, cada vez más profunda, de las necesidades de las otras comunidades cristianas del mundo»⁷⁰. La comunión eclesial, en todas sus expresiones, pone de manifiesto la función sacramental de la Iglesia de ser «signo e instrumento... de la unidad del género humano»⁷¹. Al descubrir que la solidaridad tiene la traducción eclesial superior de la comunión, y que ésta tiene unas realizaciones concretas, cuales son las de las O. M. P., se favorece la síntesis de los anhelos juveniles de atender al bien de la persona humana y de los pueblos en profundidad, con atención a lo social y en totalidad de contenido.

En la educación misionera del joven deberán explicársele *los grandes retos de la evangelización* universal en el momento histórico actual: la conjugación del anuncio explícito de Jesús, que lleva una enorme carga de verdad antropológica y sociológica, con la preocupación humanista y social; la estima de la persona humana y de su libertad inviolable, no desmentida en el anuncio claro e interpelante del acontecimiento decisivo para la salvación, que constituye la esencia del mandato misionero; la fidelidad a la fe, «que una vez para siempre ha sido dada a los santos»⁷² y que ha de mantenerse en el sincero diálogo con todos, en la aventura formidable de la inculturación y en el esfuerzo por una plena liberación de los pueblos y grupos humanos oprimidos. En estos y otros problemas de la actualidad misionera se manifiesta el vigor juvenil de la Iglesia y se pone particularmente de manifiesto que su perennidad a través de mil mutaciones históricas no se ha logrado por tácticas humanas ni por una tozudez de dureza indialogante frente al mundo, sino descubriendo los signos de los tiempos bajo la guía del Espíritu de la verdad⁷³. Todo ello convence, educa y enardece los corazones juveniles.

6. Implicar en la actividad misionera

Interesado y educado ya en una fe misionera, el joven ha de pasar a *implicarse en la tarea eclesial* al ritmo de la gracia que recibe y de la generosidad con que la corresponde: «La profunda formación personal y comunitaria... conduce necesariamente a tareas apostólicas concretas»⁷⁴. Ello no significa que las tres etapas se sucedan cerrándose la anterior al iniciarse la siguiente. Siempre será preciso instar el interés y desarrollar la educación mientras se despliega una verdadera cooperación. Más aún, tanto en la primera motivación como en la subsiguiente iluminación y en la generosidad de la acción «la vida es una peregrinación de descubrimiento», especialmente para el joven⁷⁵. En este caminar, nuevas posibilidades de cooperar en la acción misionera van apareciendo en el horizonte de los jóvenes creyentes, llamados «a ser obreros en la viña del Señor, en la cosecha mesiánica de la humanidad»⁷⁶.

También en la fase de implicación es preciso referirse a *la Iglesia*. En y por la Iglesia despierta el interés y se desarrolla la educación; luego desde la Iglesia ha de realizarse con labor conjuntada la acción misionera. La participación, que es el primer objetivo del tríptico del Año Internacional, se da eminentemente en la misión eclesial. Todos hemos de compartir

⁷⁰ Al Consejo Superior de O. M. P., 9 mayo 1981.

⁷¹ LG1.

⁷² Jds 3.

⁷³ Jn 16, 13.

⁷⁴ En Costa de Marfil, 11 mayo 1980.

⁷⁵ Mensaje para la Jornada de la Paz 1984, n. 10.

⁷⁶ En Munich, 19 febrero 1980, n. 5.

inquietudes, anhelos y trabajos en pro del anuncio de la salvación al mundo entero y dé la extensión universal y total del reino de Dios. En este quehacer los jóvenes aportan singularmente ilusión, ganas, proyectos, generosidad y confianza.

Es preciso que la sensibilización misionera alcance *todos los objetivos* de la acción de la Iglesia en los países de misión. También en este aspecto los jóvenes tienen un papel específico, pues suelen tener muy viva la inquietud por los problemas de todos los hombres, que sienten con el latir fuerte de su corazón inconformista. Les corresponde con título singular concientizarse y preocuparse para que «los modelos de sociedad encajen en el plan de Dios»⁷⁷ y difundir doquiera «un nuevo sistema de vida» más acorde con el evangelio⁷⁸.

Esta animación misionera del pueblo de Dios hoy se realiza a través de *los medios* que ofrece la civilización de la comunicación y de la imagen. Los jóvenes con inquietud misionera dan vida a estos medios técnicos en las campañas misioneras. Con ello se implican en la labor misionera de un modo muy eficaz, y proclaman el sentido total cristiano del desarrollo, que ha sido incluido entre los objetivos del Año Internacional.

La cooperación en la misión universal por parte de los jóvenes incluye ineludiblemente las *acciones positivas para transformar eficaz y radicalmente* el mundo y construir la nueva civilización del amor, de la verdad y de la justicia que Cristo nos ha traído⁷⁹. Este es el camino para lograr una paz entre los hombres que satisfaga de verdad los grandes anhelos de los corazones y de los pueblos. Los jóvenes que así se implican en estas acciones realizan una aportación misionera al logro del tercer objetivo del Año Internacional de la Juventud: la paz entre los hombres.

En el seno de la Iglesia se realiza otra cooperación misionera de gran alcance: *la oración*. Su valor se explica fácilmente a la luz de las grandes verdades reveladas sobre la fe, que es un don de Dios; la Iglesia, que *avanza* por la fuerza del Espíritu, y la salvación de los hombres y de los pueblos, que va realizándose bajo la acción misericordiosa de Dios. Es un medio de cooperación asequible a todos los creyentes, de cualquier edad y condición; también, pues, para la juventud que hoy en muchos países está redescubriendo la oración y renovando certeramente sus formas. En verdadero diálogo con Dios, el joven se implica con indiscutible eficacia en la misión de la Iglesia, explicitando y elevando al cielo los deseos propios de su condición de creyente, de su afán evangelizador y de su deseo de lograr un mundo más justo y solidario. Todo cuanto entra en el campo de la evangelización integral ha de ser objeto de la oración impetrativa, pues todo depende de Dios. El Papa en Bérghamo invitaba a los jóvenes a rogar a María para la transformación del mundo en amor, «a fin de que la ciudad terrena progrese en la justicia, en la fraternidad y en la paz»⁸⁰.

La cooperación de mayor estima es *la donación personal* a la tarea misionera. Importante es dar algo de lo propio, sobre todo si se realiza con sacrificio, para subvenir las necesidades de las Iglesias jóvenes y de la tarea del primer anuncio del evangelio. Pero ello se supera cuando no sólo se dan bienes propios, sino la propia persona; cuando no se mete algo valioso en la hucha para las misiones, sino que uno mismo se introduce en ella, entregando su vida totalmente al servicio misionero en el lugar donde haga falta y de la manera que responda a la llamada concreta de Dios. Para unos valdrá el misionerismo seglar, otros son llamados a la vida religiosa o sacerdotal con entrega total de por vida a las misiones.

Todo grupo juvenil dedicado a animar en lo misionero al pueblo de Dios y a suscitar toda clase de colaboraciones recibe, en algunos de sus miembros, *gracias de vocación específicamente misionera*. Es como el sello de Dios en la obra que para él se hace. Como antaño, Cristo sigue llamando para «un servicio activo en la inmensa cantera de la

⁷⁷ En Edimburgo, 31 mayo 1982, n. 8.

⁷⁸ En Madrid, 3 noviembre 1982.

⁷⁹ Cf. en Madrid, 3 noviembre 1982; cf. en Viterbo, 27 mayo 1984 y en Terranova, 12 septiembre 1984.

⁸⁰ En Bérghamo, 26 abril 1981.

evangelización del mundo»⁸¹. La vocación, como gracia eclesial que es, reclama la cooperación de toda la Iglesia: hemos de proclamar el bien de la vocación y vida misionera y reclamar que cada joven está abierto a la posible llamada de Dios. El respeto a la libertad humana y al don de Dios tanto nos impide forzar vocaciones falsas como nos exige despertar la conciencia a la recepción del don, si Dios quisiera concederlo.

La implicación de los jóvenes a la misión universal de la Iglesia, en todos los aspectos que hemos considerado, se realizará tanto mejor cuanto los jóvenes se unan para compartir las alegrías y las preocupaciones, unirse en la fe y en la misión, programar acciones conjuntas y luego realizarlas, evaluarlas y mejorarlas cada día. «Seguir a Cristo, construir al hombre en vosotros y ocuparse de que se construya en los demás —dice Juan Pablo II— supone propósitos intrépidos y fuerza tenaz para ponerlos en práctica, sosteniéndose mutuamente también con asociaciones que os lleven a unir vuestros esfuerzos, profundizar unos con otros vuestras convicciones y animaros con ayuda y amor recíprocos»⁸². Las *agrupaciones de jóvenes* especialmente comprometidas en la obra misionera deben ser acogidas con todo cariño en las O. M. P. Ello ha de ser perfectamente compatible con aquella autonomía que los jóvenes reclaman para sus organizaciones; hay muchas maneras de conectar con ellos, y en cada caso hay que ver cuál sea la más oportuna.

Conviene advertir que los grupos juveniles específicamente misioneros no han de acaparar toda la atención de las O. M. P. al sector juvenil, pues la animación misionera no es más que una dimensión de la fe en Iglesia y, por consiguiente, hay que procurar que todos los grupos de jóvenes creyentes la reciban y expansionen. Desde las O. M. P. se debe alertar a *todos los grupos juveniles católicos* acerca de la importancia de atender a lo misionero universal en plenitud de objetivo, como un medio para autentificar su propia vivencia cristiana y estimularse en su trabajo específico⁸³. Así, las O. M. P. se insertarán en la vida pastoral de cada iglesia particular, y daremos testimonio claro de que no queremos formar un grupo aparte, sino que procuramos la animación misionera de todo el pueblo de Dios.

La *organización mundial de las O. M. P.*, con su espiritualidad misionera claramente formulada en los estatutos en vigor, ofrece unas posibilidades pastorales que conviene ir desarrollando al compás de una historia que corre velozmente y nos exige estar dispuestos a la renovación, que es ley de vida para la Iglesia misionera a la que amamos y servimos.

⁸¹ En Costa de Marfil, 11 mayo 1980.

⁸² En Roma, 15 noviembre 1978; cf. en Friburgo, 13 junio 1984.

⁸³ Cf. AG 37.

CONCLUSIONES DE LA SESIÓN PASTORAL DE LA ASAMBLEA GENERAL DE O. M. P.

Roma, mayo 1985
(Redacción provisional)

1. La animación misionera de los jóvenes se puede *fundamentar teológicamente* en el hecho de que Jesús eligió a los doce cuando eran jóvenes y de talante juvenil. Con ellos Jesús quiso compartir su vida misionera y por ellos comenzó la actividad misionera de la Iglesia. La misión eclesial es la suprema causa del Señor resucitado, la gran obra del Espíritu y un compromiso indeclinable de todo cristiano.

2. La animación misionera de los jóvenes tiene unas *exigencias* peculiares a las que se debe atender.

Hay que acercarse a ellos de modo que se pueda establecer un diálogo auténtico, lo cual reclama la debida formación y un auténtico entusiasmo misionero.

El joven quiere testigos más que palabras. No teme las exigencias, pero necesita cerciorarse de que su causa vale la pena. Este convencimiento se suscita a través del testimonio.

El joven reclama ser escuchado y estar atento a los signos de los tiempos, en los que está sensibilizado.

Hay que saber trabajar con los jóvenes superando la tentación de prescindir de ellos por parecemos así más cómodo. El joven no se resigna a sólo escuchar: quiere trabajar.

3. *El modelo de misión* a presentar a los jóvenes debe atender a su doble inquietud: por lo universal y por el hombre.

Hay que conjugar armónicamente los aspectos espirituales y los sociales de la misión de la Iglesia, en un ensamblaje bien logrado de fe y vida. La colaboración misionera en la expansión del reino de Dios implica hoy muy especialmente la atención a los problemas sociales que se encierran en la consigna del Año Internacional de la Juventud: participación, desarrollo y paz. Estos objetivos son pistas de trabajo permanente en la animación misionera de los jóvenes, que compete a las O. M. P.

La misión eclesial se desarrolla en la Iglesia particular y en la Iglesia universal. La acción en el propio lugar debe estar abierta a la universalidad, y la misión universal se concreta en la Iglesia particular. La apertura debe tener siempre en cuenta lo cultural, sin rehuir jamás el desafío que implica la inculturación misionera.

4. La juventud reclama su peculiar *pedagogía*: Hay que salir al encuentro del joven con sus inquietudes y problemas, afrontando su posible desorientación y la falta de visión de futuro de que a veces adolece.

Se debe ser exigente con el joven. Hay que urgirle que supere las indecisiones y los miedos a compromisos definitivos, así como el ambiente de desconfianza hacia la Iglesia. Debe exigírsele que supere el choque generacional y evite extremismos, y también que dialogue con todos de verdad.

5. Para *hacer efectiva* esta animación, se requiere: Facilitar al joven formación personal a través del clero, institutos misioneros, laicos y seminarios. Procúrese que los laicos no sean jamás suplantados por clérigos en su propia misión.

Usar los medios modernos de comunicación, desarrollados desde las O. M. P. con la colaboración de los institutos misioneros.